





[www.loqueleo.com/ec](http://www.loqueleo.com/ec)

© 2009, María Fernanda Heredia

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-694-1

Derechos de autor: 030881

Depósito legal: 004259

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Julio 2010

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Abril 2017

Octava impresión en Santillana Ecuador: Enero 2019

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Santiago González

Actividades: Marlon López

Corrección de estilo: María de los Ángeles Boada (actividades)

Diagramación: María Fernanda Tufiño

Supervisión editorial: Sylvia Gómez

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

# Operativo Corazón Partido

María Fernanda Heredia



loqueleto



*Para Alonso y Marcela,  
que me enseñaron el valor  
de la amistad.*



Capítulo inicial .....	11
Jazmín .....	13
Mi amigo Edú .....	19
Microtirano .....	27
La cebra .....	33
Un corazón roto .....	41
Operativo Pegamento .....	47
Adelito .....	51
Operativo Corazón Partido .....	55
Plan Cine .....	61
Operativo Mamá .....	69
El Plan B .....	75
Loco de amor .....	83
El perdón .....	91
La segunda condición .....	101
La decisión .....	105

El corazón partido .....	107
13 de febrero .....	111
14 de febrero .....	115
19 de febrero .....	123
La reconstrucción .....	129
Biografía .....	133
Cuaderno de actividades .....	135



Yo quería que aquel 14 de febrero Jazmín recibiera el regalo más lindo del mundo.

11

Para juntar el dinero necesario, tuve que trabajar por las tardes como un esclavo: barrí y trapeé el piso del chifa Chin Chun. Lavé todos los taxis de la cooperativa de transportes Jota Jota, que tiene su central a una cuadra de mi casa. Arranqué todos los hierbajos que habían crecido en el jardín de la señorita García, y eso no es poca cosa, porque ese jardín alcanza para una lavandería, una pequeña huerta, una cancha de voleibol y un bosque tan grande que en cualquier momento podría ser declarado reserva natural. En mi barrio dicen que, de no ser por el bigote y por el tamaño de sus pies talla 42, la señorita García podría ser considerada la soltera más deseada en la ciudad.

Pero, además de todos esos trabajos sacrificados, cuidé a mis hermanas toda una tarde (con cambio de pañal incluido) y me comprometí a bañar al perro

san bernardo de la familia Jarrín, al que cariñosamente llamaban el Morsa.

Este último trabajo fue un verdadero atentado contra mi integridad física, ya que el Morsa era muy «juguetón» y le encantaba jugar al muertito. Pero, claro, el muertito era yo y él era la mole que me aplastaba en el piso hasta dejarme sin aire.

12 Logré bañarlo por primera vez en su vida, y yo me quedé con olor a perro mojado durante un largo mes.

Todas estas experiencias laborales solo tenían un objetivo: juntar el dinero necesario para comprarle a Jazmín Espinosa el regalo más lindo y romántico el 14 de febrero.

Cuando coloqué sobre la mesa los cinco billetes más gordos que había logrado ahorrar en mi vida, me sentí orgulloso. Los conté, los enrollé y luego los envolví con una banda elástica. No quería que se me extraviaran.

Y, cuando aún disfrutaba de mi felicidad, sin darme cuenta, apareció a toda carrera Chulpi, mi perro, y de un bocado se tragó los billetes.

Luego, el muy desgraciado, ladró contento y movió la cola.



Jaimito Rodrigo Espinosa, con ese nombre tan angelical, era un tirano.

13

Medía un metro quince, pero atemorizaba a todo el barrio como si fuera un gigantón de dos veinte.

Recuerdo con claridad que, cuando todavía no había aprendido a leer y escribir, ya era el rey del grafiti callejero.

Era el último hijo varón luego de cuatro hijas mujeres, en una familia de padre machista que nunca perdió la esperanza de tener un sucesor que llevara su nombre y apellido. Para diferenciarlos, al padre se lo conocía como Jaime a secas, y al hijo, como Jaimito Rodrigo.

Era un consentido insoportable y su mamá se derretía de amor ante el único hijo varón. Todos los diminutivos estaban presentes a la hora de referirse a él, y se pronunciaban con los labios apretados, haciendo con ellos un pico, para que palabras como «chiquito, reicito y preciosito» tuvieran toda la cuota indispensable de cursilería maternal.

A nadie, jamás, se le habría podido ocurrir llamar al niño Jaime, o Rodrigo... ¡eso nunca! De llegar el caso podría haber corrido sangre. Los padres lo habían inscrito en el Registro Civil con el primer nombre en diminutivo y exigían que se respetara su decisión. A la tía Loli, maestra de la guardería, la corrieron del trabajo porque tuvo la osadía de llamarlo Jaimito, cuando la obligación impuesta por los padres era que, al referirse a él, se lo hiciera con sus dos nombres y de corrido para que sonara de un solo golpe: Jaimitorrodrigo.

La familia había desarrollado un floreciente negocio (¡literal!), a través de una próspera floristería creativamente bautizada como El Palacio de las Flores.

El padre era un corpulento señor, ex boxeador peso pesado, que luego de morderle una oreja a un árbitro fue expulsado de la federación de box.

La madre de la familia Espinosa era una señora pequeñita que hablaba, enredadamente, sin parar. Ni siquiera se detenía para tomar aire. Una vez que ella comenzaba, podía estar siete meses sin pausa, por eso todos en el barrio la conocían como la Enredadera.

Recuerdo que una vez acompañé a mi mamá a comprar un pequeño ramo que yo llevaría a mi profesora, la señorita Ana Lucía Escobar, en el Día del Maestro. Cuando llegamos a la floristería, la En-

redadera se dispuso a preparar el ramo y, mientras tanto, halagó a mi mamá diciéndole que el vestido azul que llevaba era muy bonito.

—Gracias —respondió mamá—, lo tenía guardado desde hace muchos años y ahora ha vuelto a ponerse de moda.

Entonces la Enredadera comenzó con su blablá:

—Sí, tiene razón, las cosas vuelven a ponerse de moda. Yo tenía un lindo pantalón anaranjado que me regaló mi tía Esther que, por cierto, murió hace tres años con un problema del pulmón porque el marido fumaba mucho, casi una cajetilla al día. Es que él era muy nervioso porque trabajó cuarenta años como controlador aéreo, porque le gustaban mucho los aviones. Él no tenía miedo como yo, que cada vez que me subo me pongo a temblar y rezo una oración a san Antonio, que es mi santo preferido, porque todos en mi familia hemos sido muy devotos, desde que mi mamá le pidió que le hiciera el milagro de que mi hermana Judy consiguiera marido, porque mi hermana no era muy simpática y jamás había tenido un novio. Es que ella era muy tímida y se había dedicado a los estudios, por eso se graduó de licenciada en Educación, con las mejores notas, y pudo conseguir un buen trabajo en el Ministerio de Cultura y gana un muy buen sueldo, por eso acaba

de comprarse un departamento en la playa que ha decorado con unos muebles preciosos, de esos que están a la moda, con colores vivos. Los de la sala son anaranjados, como un lindo pantalón que me regaló mi tía Esther, que, por cierto, murió hace tres años con un problema del pulmón porque el marido fumaba mucho...

16 Entonces, en ese momento, cuando sentimos que nuestras cabezas estaban a punto de explotar, mamá puso un billete sobre el mesón, recogió el pequeño ramo y salimos corriendo con la disculpa:

—Lo siento, nos tenemos que ir. El niño se atrasa al colegio.



Margarita, Rosa, Violeta y Jazmín (todas con nombres muy floridos) eran las hermanas mayores de Jaimitorrodrigo. La mayor tenía quince y la menor, doce. Todas ellas eran muy tímidas y absolutamente sometidas a la tiranía del pequeño monstruo de diez años.

© Santillana



Jazmín me gustó desde siempre. Era la chica más linda del barrio, aunque, según mi amigo Edú, mi punto de vista no era muy preciso. Él, que siempre fue muy radical, solía decirme:

—No es bonita, Juan, admítelo. Jazmín te parece linda ¡porque no tiene competencia!, porque la estás comparando con otras vecinas, y el nuestro es un barrio de feas.

—¡No es cierto!

—¡Cómo que no! ¿Por qué crees que, desde hace diez años, somos el único barrio en la ciudad que no presenta candidata a Reina de la Primavera?

—Es verdad...

—¡Claro que es verdad, Juan! Nuestro barrio solo ha presentado candidatos para el Interbarrial de Corra con el Huevo en la Cuchara.

—Y siempre hemos ganado, somos invictos desde 1995.

—¡Vaya, qué honor! Ya podemos enviar nuestro equipo ganador a las Olimpiadas.

A decir verdad, nuestro barrio no se caracterizaba por ser el semillero de las futuras reinas de belleza, pero aun así a mí me parecía que Jazmín era linda. Edú, que se creía un experto en mujeres, había diseñado un parámetro de medición de la belleza femenina y, según sus exigencias, había colocado a Jazmín en la categoría «Discretamente agradable, con un “no sé qué” que llama la atención si se la mira de perfil, entre la una y media y las dos de la tarde».

Y ese era, precisamente, el horario en el que yo podía verla cuando, junto a sus tres simpáticas hermanas y su único e insoportable hermano, regresaba del colegio.

Edú y yo nos encaramábamos con puntualidad sobre el tabique que dividía nuestras casas para desde allí ver pasar a las Florecitas, como llamaban en el barrio a Margarita, Rosa, Violeta y Jazmín. Inevitablemente, también teníamos que ver pasar al insoportable Jaimitorrodrigo, que acompañaba y «cuidaba» a sus hermanas.

—Apostemos a que Jazmín me mira —decía yo segurísimo.

—Dale, cuánto apostamos —respondía Edú.

—Cien dólares.

—¡Hecho!

Y Jazmín pasaba, mirando de frente, ignorándonos como si Edú y yo fuéramos un par de hormigas

pigmeas. Entonces Edú sacaba de su bolsillo una vieja libreta de las Tortugas Ninja, en la que apuntaba mis deudas:

—Con esto ya me debes... siete mil seiscientos dólares, Juan. Si continúas con tu éxito con las mujeres, dentro de poco podré comprarme mi propio auto.

Edú y yo éramos amigos desde siempre e íbamos al mismo colegio, aunque a diferentes grados. Él tenía trece, un año más que yo, y habíamos sido vecinos desde que nuestras familias habían comprado las casas # 25 y # 26 del barrio Sauces del Este.

En el barrio había de todo menos sauces. Años atrás, la junta de vecinos había tomado la «sabia»

